

FORMAS DE ORACIÓN PERSONAL

Señor, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos (Lc 11,1)

Estas palabras expresan los sentimientos naturales de una mente despierta, que percibe su gran necesidad de la ayuda de Dios, aunque sin entender bien qué son esas necesidades particulares y cómo pueden ser satisfechas. Los discípulos de Juan el Bautista y los discípulos de Cristo esperaron de sus respectivos Maestros la instrucción acerca de *cómo rezar*. Fue en vano que uno predicara el deber de la penitencia y el otro el de la fe, en vano que fueran puestas delante de ellos las misericordias y los juicios de Dios y sus propias obligaciones. Aquellos discípulos parecían tener todo lo necesario para hacer oración por sí mismos, pero no podían. Sus corazones estaban llenos, pero seguían mudos. No podían ofrecer otra petición que la de *ser enseñados* a orar. Conocían la Verdad, pero no podían practicarla. Una cosa es ser instruido en religión y otra muy distinta tener tal conocimiento de su práctica que la hace enteramente nuestra.

Su necesidad ha sido desde siempre la necesidad de los cristianos. Todos nosotros en la niñez, y muchas personas aún después, requerimos una dirección para saber cómo orar. De aquí viene el uso de *formas de oración* que hemos obtenido siempre en la Iglesia. Juan enseñó a sus discípulos, Cristo dio a sus Apóstoles la oración que se distingue por el nombre de *Oración del Señor* y después de haber ascendido a lo alto, el Espíritu Santo nos ha dado excelentes cultos de devoción por boca de aquellos benditos Santos que de tanto en tanto El ha elevado para ser vigías en la Iglesia. En palabras de San Pablo, “Nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene”, pero “el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza” (Rom 8,26), y eso, no sólo guiando nuestros pensamientos sino dirigiendo nuestras palabras.

Este es el origen de las *formas de oración*, de las cuales intento hablar hoy, en relación a estas dos verdades innegables: primero, que todos los hombres tienen las mismas necesidades espirituales, y segundo, que no pueden por sí mismos expresarlas.

Ahora bien, ha ocurrido que en los últimos tiempos han aparecido sabihondos razonadores que cuestionan el uso de formas de oración, y piensan que es mejor orar a partir de sus pensamientos casuales, usando palabras que vienen a sus mentes en el momento en que están orando. Puede, entonces, ser verdad que deberíamos tener a mano alguna razón para usar aquellas formas, que hemos adoptado porque nos han sido transmitidas. No como si no fuera una razón suficiente para usarlas, que las hayamos recibido, y que (en palabras de San Pablo) “ni nosotros ni las Iglesias de Dios hemos conocido alguna otra costumbre”. (1 Co 11,16). Ni que los mejores cristianos siempre las hayan usado, pues esta es una razón suficientemente satisfactoria. Ni tampoco como si pudiésemos esperar persuadir a los que nos preguntan con razones aun tan buenas, pues lo más probable es que no podamos hacerlo. Pues un hombre que ha ido demasiado lejos en la extravagancia de negar deliberadamente el uso de las formas, es probable que encuentre tan difícil recibir nuestras razones como la práctica que estamos defendiendo. Así pues, de tales hombres podemos solamente decir, a la manera de San Pablo “si algún hombre quiere ser ignorante, déjale serlo”, no hay más remedio. Pero

puede ser útil mostrarles cuán razonable es la práctica, en orden a que vosotros mismos podáis aprovecharla mejor. Pues cuando sabemos por qué hacemos algo, es más probable, suponiendo que las circunstancias sean las mismas, que lo hagamos más adecuadamente que cuando obedecemos ignorándolo.

Ahora bien, supongo que nadie encuentra dificultad en el uso de las formas de oración en el culto *público*, pues el sentido común nos dirá que cuando muchos se disponen a rezar juntos *como un solo* hombre, si sus pensamientos tienen que ir juntos, *deben* convenir de antemano cuál es la materia de sus oraciones, más aún, cuáles son las *palabras* de sus oraciones, si es que debe haber alguna seguridad, serenidad, facilidad y regularidad en sus devociones unidas. Estar presente en oraciones improvisadas, es *escuchar oraciones*. Más aún, pudiera ocurrir, mejor dicho, frecuentemente ocurriría que no entendamos lo que se dice, y que la persona que reza esté rezando apenas “en una lengua comprensible por el pueblo”, como dice nuestro Artículo ¹, y esté intercediendo más *por* el pueblo que rezando *con* él y dirigiendo su culto. En el caso, pues, de la oración *pública* la necesidad de formas es evidente, pero no es a primera vista tan obvio que en la oración *privada* también necesitemos usar formas escritas, en vez de rezar *improvisadamente*, como se dice. Procedo, entonces, a mostrar el uso de las mismas.

1. Tengamos en mente el precepto del hombre sabio. “No te precipites a hablar, ni tu corazón se apresure a pronunciar una palabra ante Dios. Pues Dios está en el cielo, pero tú en la tierra: sean por tanto pocas tus palabras” (Eclesiastés 5,1). Oraciones construidas en el momento es probable que lleguen a ser *irreverentes*. Consideremos por unos instantes, antes de orar, en presencia de quién estamos entrando: la presencia de Dios. ¡Cuánta necesidad tenemos de pensamientos humildes, sobrios y sumisos! *Creaturas* como somos, sostenidas cada hora por Su liberalidad, como *pecadores perdidos* que no tenemos derecho a hablar sino que debemos someternos en silencio a Aquel que es santo, y más aún, como agradecidos *servidores Suyos* pues nos ha comprado en nuestra ruina al precio de Su propia sangre, dócilmente sentados a Sus pies como María para aprender y hacer Su voluntad, y como la penitente en la fiesta de aquél hombre importante, adorándole calladamente y sirviéndole sin molestar, lavándole Sus pies (como si fuera) con nuestras lágrimas y ungiéndolos con precioso perfume, como quienes hemos pecado tanto y necesitamos un gran perdón. Por eso, para guardarse de la irreverencia de muchas e impropias palabras y rudos pensamientos semi-religiosos, es necesario orar desde el libro o la memoria y no improvisadamente.

Se puede objetar que esta razón para usar formas prueba demasiado, ya que sería equivocado siempre obrar sin ellas, lo cual es un lazo rigorista a la libertad cristiana. Pero respondo que la reverencia en nuestras oraciones estará suficientemente asegurada si en nuestros tiempos fijos de oración hacemos uso de formas. Pues de este modo, nuestra devoción a lo largo del día tendrá un tono y un carácter, y aun serán facilitadas nuestras buenas peticiones y jaculatorias, lo cual necesitamos. Y nuestras almas serán influenciadas mucho más por su poder, en el mismo momento que estemos usándolas, de modo que, si la ocasión lo requiriera, nos encontraremos capaces de seguir adelante, natural y sobriamente, en tales súplicas adicionales, demasiado particulares o privadas en su naturaleza, para admitir ser escritas en palabras fijas.

2. En segundo lugar, las formas de oración son necesarias para protegernos contra la irreverencia de los *pensamientos divagantes*. Si oramos sin palabras establecidas (leídas o recordadas), nuestras mentes se desviarán del objeto, otros pensamientos se

¹ Se refiere a uno de los 39 Artículos de la Fe anglicana.

cruzarán y los seguiremos, y perderemos de vista Su presencia, a Quién nos dirigimos. Esta dispersión o deambular de la mente se previene, en buena medida, bajo la bendición de Dios, con las formas de oración. El principal uso de las mismas es el de *fixar la atención*.

3. En tercer lugar, son útiles para asegurarnos contra la irreverencia de *pensamientos excitados*. Y aquí hay lugar a muchas salvedades, pues ocurre que las formas de oración son censuradas por la misma circunstancia en la cual reside su excelencia. Son acusadas de impedir el fluir de la devoción, cuando de hecho, el así llamado fluir es en sí mismo defectuoso y debe ser controlado. Y esas personas, como era de esperarse, son muy impacientes en su oposición a las formas, requiriendo más que otras la limitación de las mismas. Arrojan a veces su objeción en los siguientes términos, que puede ser bueno considerar por un momento. Dicen: “Si un hombre habla con seriedad, pronto encontrará las palabras, y no hay necesidad de una forma establecida de oración. Y si no habla con seriedad, una fórmula no le hará ningún bien”. Ahora, que un hombre que habla con seriedad encontrará pronto las palabras, es verdad o no, de acuerdo a lo que signifique hablar con seriedad. Es verdad que en determinados momentos de fuerte emoción, dolor o alegría, remordimiento o temor, nuestros sentimientos religiosos rebasan los límites y dejan atrás cualquier forma de palabras. En tales casos, no sólo no hay *necesidad* de formas de oración, sino que quizás es imposible escribir *formas* de oración para cristianos agitados por tales sentimientos. Pues cada hombre siente a su manera, quizás ni dos hombres exactamente igual, y no podemos poner por escrito *cómo* deben los hombres rezar en tales momentos, más de lo que podríamos regular acerca de cómo deberían llorar o alegrarse. Cuanto mejores hombres sean mejor rezarán en semejantes difíciles momentos, pero no podéis hacerlos mejores; deben ser dejados consigo mismos. Y aunque hombres buenos han dejado establecidas, antes de ahora, formas escritas de oración para personas en tales circunstancias, fueron sin duda pensadas más como modelos y ayudas, o como consejos calmantes de la mente agitada, que como oraciones que se esperara fuesen usadas literal y enteramente en sus detalles.

Como regla general, las formas de oración no deberían ser escritas en un lenguaje intenso y apasionado, sino que debieran ser calmas, sosegadas y breves. La propia oración de nuestro Salvador es nuestro modelo en este sentido. ¡Qué pocas son sus peticiones!, ¡qué sobriamente expresadas están!, ¡qué reverentes y al mismo tiempo profundas son! y ¡qué comprensivas! Concedo de buena gana, pues, que *haya* tiempos en que el corazón deja atrás cualquier palabra escrita, como cuando el carcelero gritó: “¿qué tengo que hacer para salvarme?” (Hechos 16,30). Mejor aún, mantendría que las palabras fijas no debieran tratar de imitar las operaciones impetuosas a las que todas las mentes están sometidas a veces en este mundo de cambio (y por supuesto las mentes religiosas entre ellas), ni menos debiera uno parecer fomentarlas.

La cuestión no está aún del todo resuelta. Concediendo que *hay* tiempos cuando un corazón agradecido o herido estalla a través de todas las formas de oración, aún así esto no es *frecuente*. Estar excitado no es el estado ordinario de la mente sino el extraordinario, el estado de vez en cuando. Más aún que esto, *no debe* ser el estado común de la mente, y si nosotros estamos fomentando dentro nuestro esta excitación, esta incesante precipitación y alternancia de sentimientos, y pensamos que esto y solamente esto es hablar seriamente en cuanto a la religión, estamos dañando nuestras mentes, y en cierto sentido debo aún decir, afligiendo al pacífico Espíritu de Dios que hace Su divina obra en nuestros corazones, silenciosa y tranquilamente. *Cuando* hablamos con la mayor seriedad, como debiéramos hacerlo siempre, existe un *uso*

especial de formas de oración: guardarnos de la terca formalidad, aquietar la emoción, calmarnos, recordar qué somos y dónde estamos, llevarnos a un temperamento más puro y sereno y a ese profundo e imperturbable amor de Dios y del hombre, que es realmente el pleno cumplimiento de la ley y la perfección de la humana naturaleza.

Esto también es verdad o no, en cuanto a la utilidad de las formas, si *no* hablamos con seriedad, según cómo lo tomemos, pues hay grados de seriedad. Recordemos que el poder de la oración, siendo un hábito, debe ser adquirido, igual que los otros hábitos, por la práctica. En orden a orar finalmente bien, debemos empezar por orar mal, ya que es todo lo que podemos hacer. ¿No es esto claro? ¿Quién, en el caso de cualquier otro trabajo, esperaría hasta que pudiese hacerlo perfectamente para tratar de hacerlo? La idea es absurda. Aun así, aquellos que objetan las formas de oración sobre la base que ya hemos mencionado, caen en este extraño error. Ciertamente, si pudiéramos orar y rogar a Dios como los ángeles, no deberíamos tener necesidad de las formas de oración, pero las formas están para enseñar a aquellos que rezan pobremente a rezar mejor. Son auxilios para nuestra devoción, que nos enseñan por qué y cómo rezar, tal como San Juan y Nuestro Señor enseñaron a sus discípulos, y sin duda, aun el mejor de nosotros ora *pero* pobremente y *necesita* el auxilio de ellas. No obstante, las personas de que hablo, piensan que la oración no es sino el brotar de fuertes sentimientos, no la acción de un hábito, sino una emoción, y de ahí que, *por supuesto*, la misma noción de *aprender* a orar parezca absurda. Pero este desenfreno de emoción está en verdad fundado sobre un error, como ya he dicho.

4. Además, las formas son útiles para *ayudar a nuestra memoria*, y poner ante nosotros inmediatamente, completamente y en orden, lo que tenemos que orar. No se sigue que cuando el corazón está realmente lleno del pensamiento de Dios y sensible a la realidad de las cosas invisibles, sea más fácil orar. Antes bien, cuanto más profunda es la visión que tenemos de Su Majestad y de nuestras innumerables miserias, menos capaces somos de hacer hablar en palabras a nuestros pensamientos. El publicano pudo solamente decir: “Señor ten misericordia de mí que soy un pecador” (Lc 17, 13), y esto fue suficiente para su *aceptación*, pero ofrecer tan escaso servicio no era ejercitar el *don* de la oración, el privilegio de un redimido y elevado hijo de Dios.

El que Cristo ha iluminado con Su gracia, es heredero de todas las cosas. Tiene interés en la multitud de asuntos del mundo. Tiene una ilimitada esfera de obligaciones dentro y fuera de sí. Tiene una gloriosa perspectiva ante él. Los santos juzgarán al mundo en el futuro. ¿No van a tener *aquí* conocimiento de sus acciones? ¿No son en cierto sentido consejeros y servidores confidenciales de su Señor, intercesores ante el trono de la gracia, agentes secretos por y para quienes El dirige Su gran Providencia y lleva a las naciones al juicio? ¿Y en sus propias personas el alcance de sus ruegos es meramente misericordia y aceptación (aun siendo éstas bendiciones excepcionales)? ¿Deberán contentarse con la oración del publicano? ¿No se les manda más bien avanzar en perfección, aprovechar el espíritu que se les ha dado, dilatar y purificar sus corazones, y llevar la naturaleza del hombre a la plenitud de sus capacidades según la imagen del Hijo de Dios? ¿Y quién puede pensar en todos estos objetivos al mismo tiempo? ¿Qué mente no queda subyugada ante la vista de su propio privilegio inmenso, y buscar así con ansia las palabras de oración e intercesión, cuidadosamente compuestas de acuerdo al número y a la naturaleza de las distintas peticiones que tiene que ofrecer? De modo que, el que ora sin plan está, de hecho, perdiendo gran parte de los privilegios concedidos por su bautismo.

5. Además, el uso de una forma es ayuda para la memoria de modo aún más obvio, cuando tomamos en cuenta los compromisos de este mundo que rodean a

muchos hombres. Los cuidados y negocios de la vida presionan sobre nosotros con una realidad que no podemos ignorar. ¿Confiaremos los asuntos del mundo venidero a los pensamientos fortuitos de nuestras mentes, que vienen en un momento y se van en el siguiente, y que no tenemos a mano cuando llega el tiempo de emplearlos, como visiones irreales que no tienen substancia ni permanencia? Este mundo es la forma eficaz de Satanás, es el instrumento a través del cual despliega en orden y atractivamente sus muchas trampas, y esto, sin duda, absorbe nuestra atención, a menos que también nosotros demos forma a los objetos espirituales hacia los cuales dirigimos nuestra oración y acción.

¡Qué cortos son los tiempos que muchos hombres destinan a la oración! Antes de que puedan recoger su memoria y su mente, ya se les ha ido casi todo su tiempo disponible, aun si tienen el poder de apartar de sí mismos los pensamientos de este mundo, que los tenía ocupados inmediatamente antes. Pero las formas de oración hacen *por* ellos esto: mantienen ocupado el terreno que Satanás no podrá invadir en los tiempos de devoción. Son un memorial permanente al que recurrimos como a un templo de Dios, encontrando todas las cosas ordenadas para nuestro culto tan pronto como entramos, aunque el tiempo que le dediquemos a la mañana y al atardecer sea tan circunscrito.

6. El uso de formas de oración llega a ser importante más allá de toda estimación en el caso de aquellas multitudes de hombres que, después de avanzar bien por un tiempo, caen en pecado. ¡Si aun los hombres conscientes requieren continuas ayudas para recordar el mundo futuro, cuán extrema es la necesidad de aquellos que tratan de olvidarlo! Es terrible reflexionar sobre ello, pero no se puede negar que la gran mayoría de los que llegan a la adultez, por un tiempo al menos, desertan del Dios que los ha redimido. Entonces, si en sus primeros años no han aprendido y usado oraciones y salmos para darle culto, ¿qué los guardará para no borrar completamente de sus mentes el pensamiento de la religión? Pero he aquí que las formas de la Iglesia han servido siempre a sus hijos, tanto para refrenarlos en su carrera de pecado como para suministrarles expresiones preparadas sobre su arrepentimiento. Las frases y palabras ocasionales de sus celebraciones se adhieren a sus memorias, apareciendo en los momentos de tentación o prueba, para detenerlos o para recuperarlos.

Por esto, se dice que, estando en compañía de personas irreligiosas, es observable una diferencia entre aquellas que han tenido la oportunidad de usar nuestras formas públicas en su juventud, y aquellos otros cuyas impresiones religiosas no han sido fortificadas tan felizmente. Es así que, en medio de sus risas más temerarias y de su más atrevida pretensión de libertinaje, una suerte de secreta reverencia les acompaña en sus extravíos, refrenándolos de aquella impiedad y profanación en las cuales los otros han tratado de ocultarse a sí mismos la culpa y el peligro de sus acciones.

Además, acerca de su arrepentimiento, si son favorecidos con tan superior gracia, ¡qué amigos parecen encontrar en medio de sus tinieblas, en las palabras que aprendieron en su juventud. Una voz bondadosa les ayuda a decir lo que de otra manera no sabrían cómo decir, guiando y disponiendo sus mentes hacia aquellos objetos de fe que deben contemplar, pero que no pueden encontrar por sí mismos, como intercediendo por ellos, con el poder del Espíritu bendito, ¡mientras la naturaleza sólo puede gemir y esforzarse en el dolor! Pecadores como son por sus propios delitos voluntarios, y con una perspectiva de castigo delante de ellos, iluminados por unos pocos y tenues destellos de esperanza, ¿qué los protegerá de los febriles desvelos y de toda la extravagancia del temor, qué los calmará en una segura y resignada espera del Juicio, y en tales esfuerzos humildes de obedecer a Dios, por muy pobres que sean, y de

llegar a ser penitentes, sino aquellas palabras, por mucho tiempo sepultadas en sus mentes, resucitando ahora como si lo hiciera con la vida de su incorrupta juventud? No requiere gran experiencia verificar esta afirmación en el lecho de los enfermos.

Bendito sea, sí, el poder de aquellos fórmulas que así triunfan en sacar al pecador fuera de sí por un momento y traer ante él las escenas de su juventud, sus amigos guardianes idos hace tiempo, sus maneras y sus enseñanzas, sus piadosos cultos y su final en paz. Y aunque todo esto es una emoción que dura sólo un tiempo, aun así, si él la perfecciona, puede convertirse en una contemplación habitual de personas y hechos, vivos ahora para Dios, aun que hayan sido quitados de aquí. Si la perfecciona impulsándola llegará a ser un motivo permanente para buscar el mundo venidero, una constante persuasión, haciéndole victorioso de las obras de la oscuridad y levantándole a la humilde esperanza de ser aceptado en el futuro por Su Salvador y Juez.

7. Tal es la fuerza de asociación en evitar el mal de los años pasados, y hacernos volver a la inocencia de la niñez. No es esto todo lo que podemos obtener de las oraciones que hagamos, ni son los pecadores penitentes las únicas personas que pueden beneficiarse de ellas. Recordemos por cuán largo tiempo las formas normadas de devoción en la Iglesia de Cristo han sido nuestras oraciones, y tendremos una nueva razón para amarlas y una nueva fuente de consuelo para hacer uso de ellas. Sé que diferentes personas sentirán diferente acerca de esto, de acuerdo a sus diferentes disposiciones. Sin embargo, seguramente hay pocos de nosotros que, meditándolo, no sientan un privilegio hacer uso, como hacemos por ejemplo en la Oración del Señor, de las mismas peticiones que Cristo dijo. El dio la oración y la practicó. Sus Apóstoles la practicaron. Todos los santos desde siempre han hecho uso de ella. Cuando nosotros lo hacemos parece que entráramos en compañía con ellos. ¿Quién no piensa que está más cerca de cualquier hombre célebre de la historia, si ve su casa, o sus muebles, o su lapicera, o los mismos libros que fueron suyos? Esto hace que la Oración del Señor nos lleve cerca de Cristo y de Sus discípulos en cualquier época. No es por ello asombroso, que en tiempos pasados, hombres buenos pensarán que esta forma de oración era tan sagrada, que les parecía imposible decirla demasiado seguido, como si alguna gracia especial viniera con su uso. Contiene en sí una suerte de súplica para que Cristo nos escuche, y tampoco nosotros *podemos* usarla demasiado, como para mantener nuestros pensamientos fijos en sus peticiones, y ejercitar nuestras mentes tanto como nuestros labios cuando la repetimos. Y lo que es verdad de la Oración del Señor, es verdad en su medida de muchas de aquellas oraciones que nuestra Iglesia nos enseñó a usar. Es verdad de los Salmos también, y de los Credos, todos los cuales han llegado a ser consagrados por la memoria de los santos difuntos que los han usado y con quienes esperamos algún día encontrarnos en el cielo.

Como conclusión hago una advertencia para emplear estos pensamientos. Cuidad que vuestra religión sea meramente sentimental y no práctica. Los hombres pueden hablar de una manera muy imaginativa de los santos antiguos y de la Santa Iglesia Apostólica, sin hacer que el fervor o el refinamiento de su devoción tenga que ver con su conducta. A muchos hombres les gusta ser religiosos en un lenguaje elegante, aman las historias religiosas y los himnos, y sin embargo nunca son mejores cristianos por todo esto. Las obras de cada día son las pruebas de nuestras contemplaciones gloriosas, sean o no válidas para nuestra salvación, y aquel que hace un acto de obediencia por causa de Cristo, aunque no tenga imaginación ni finos sentimientos, es un hombre mejor, y regresa a su casa justificado, mejor que los más elocuentes oradores y los más sensitivos oyentes de la gloria del Evangelio, si los tales no practican lo que saben.